DIARIO TRADICIONALISTA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, 1,50 pesetas al mes.—Provincias, 6 pesetas trimestre, 12 semestre y 20 al año; por corresponsal, 24.—Cuba y Puerto Rico, 5 pesos semestre.—Filipinas, 6 pesos semestre.—Extranjero: Países de la Unión Postal, 10 pesetas trimestre, 20 semestre y 35 al año.—Los demás países, 30 pesetas semestre.—Pago adelantado.—No se admiten sellos.

Número suelto 10 céntimos de peseta.

NÚMERO EXTRAORDINARIO

Madrid .--- Miércoles 10 de Marzo de 1897

~~~~~

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Administración del periódico, calle de la Concepción Jerónima, números 15 y 17, primero izquierda, en las principales librerías de la capital y de provincias, y en casa de nuestros corresponsales.

> Apartado de Correos núm. 180. Teléfono núm. 294.

NÚM. 5.560.

## La fiesta del 10 de Marzo



AÑO X.

la fiesta del 10 de Marzo una institución sublime que implica un deber en nosotros: el de la gratitud naciendo de la justicia y perpetuada por las conmemoraciones, que son actos de homenaje y vínculos del recuerdo.

Nuestro Augusto Jefe, con esa elevación de sentimientos, esa oportunidad en las decisiones y el más entusiasta espíritu patriótico, acordó que desde 1896 haya un día en el año que sea para nosotros de grande y especialísima fiesta.

En esta desgraciada época que todo se rinde y ofrece al éxito, llegando hasta instituir en leyes los hechos consumados; en este siglo, en el que tanto valen las coronas del triunfo material y tan poco las de la virtud; en estos meses en que apenas hay un hogar español que no contemple en él un hueco, que se ha cubierto de lutos 6 de lágrimas, 6 de zozobras, llevándose el corazón de las familias en pos del valerosísimo soldado de la Patria, que pelea heroicamente, 6 que cayó víctima en los campos de batalla por el honor de la handera; en esta época el carlismo consagra un dia a la expresión de esa, en él, constante y grandiosa comunidad de sentimientos que se origina en la gratitud, se sostiene por la admiración y se expresa por actos religiosos, que todo lo subliman, y por actos políticos que todo lo popularicen: acción hermosa del católico y del ciudadano que, apartando la vista de cuanto es pequeño y el corazón de vengativos odios, se levanta sobre todas las miserias como en éxtasis sublime al calor de sus entusiastas amores á la Patria. La Patria, que se constituye por una historia de heroicidades y de sacrificios, en la que no hay día sin una eseméride de gloria, ni gloria sin el nombre de un español insigne, ni pueblo sin su héroe; nosotros queremos que no quede ni singular hazaña, ni extraordinario sacrificio sin conmemoración, sin admiraciones y sin recuerdos.

Nosotros, los carlistas, somos la romántica representación de los cruzados y de los trovadores; pasamos por nuestra tierra defendiendo la verdad, á precio de nuestra sangre, y cantando nuestras grandezas para que se conserven y se imiten; vivimos de una esperanza que se fía en Dios y se consía en nuestros ardimientos, sólo aspirando á la felicidad de España, porque vivimos de la abnegación: no podemos pasar, no podemos concluir, llegaremos al poder porque representamos al pueblo español en todo su carácter y en toda su historia.

Mezcla de soldados y de poetas, tene-- mos siempre dispuesta la espada en contra de cuanto sea injusticia, usurpación y extranjerismo; sabemos que España fué la primera nación del mundo y sabemos cómo lo fué y sabemos cómo tornará á serlo; así que vivimos cantando al pasado, en protesta del presente y defendiendo el porvenir; pero en ese pasado, en ese gloriosísimo ayer, se producen nuestras energías y leal-

tades de hoy y se conservan las lecciones y los éxitos para mañana.

Ese ayer en cuanto tiene de grande, de singular, de libre, de cristiano y de autónomo es la tradición; allí

está la Patria, no queremos vivir fuera de ella; por el contrario, queremos defender y besar nuestra tierra, porque ella vive en nuestros corazones.

Pero si es triste considerarlo, es más triste decirlo; no todos en España piensan como nosotros; los muchísimos que no leyeron nuestra historia, los muchos que la leyeron sin entenderla y bastantes que la equivocaron, reniegan del pasado, por viejo.

¡Oh! No quiero pensar en que haya un hijo que arroje del hogar á su padre por anciano, sin pensar que él levantó los muros de la casa; que él urdió su techumbre para librarle de todas las inclemencias; que él aprovisionó sus almacenes; que él sostuvo de 1897. el fuego bajo los llares para sustentar á la familia; que él enseñó el cultivo y la defensa; que él honró su casa por la fe, por el trabajo, por la libertad y la virtud, y que él, poniendo sobre su cuna el sacratísimo emblema de la Virgen, labró también para su sepultura el divino pabellón de la Santa

Qué ¿pudo más el joven y arrojado Alfonso el Batallador que el viejo y lealísimo Pero Ansúrez?

¡Benditos de nuestros padres! Si el padre es viejo, el hijo es joven, yunidos constituyen y prosiguen la familia que honra, defiende, trabaja y engrandece el patrimonio.

Nosotros amamos así á nuestros padres; nosotros conocemos á los que como tales se produjeron en nuestra historia, y nuestro Augusto Jefe, queriendo que no se olviden sus nombres y sus proezas, ha instituído esta fiesta del 10 de Marzo en honor de todos los héroes de hazañas y lealtades tradicionales: es una fiesta general del patriotismo, y es una fiesta familiar de los carlistas, porque cuantos de éstos cayeron víctimas de su fe, de su lealtad y de sus convicciones, mártires sublimes fueron de la tradición, como por sostener la justicia del honor y de la integridad de la Patria, caen tantos de nuestros heroicos hermanos en las maniguas de Cuba y en las cottas Filipinas.

El Marqués de Corralbo. Venecia 3 de Marzo 1897.



## Por ellos hay patria

(Imitación biblica de Aparisi)

«¡Y estaba á nosotros reservado verte despedazada y envilecida, reina de las naciones?

Reina de las naciones, ¿y debíamos presenciar nosotros con indigna paciencia desplomarse tus santuarios, y rodar por el polvo tu corona?

¿Y debiamos ahogarnos con este aire de corrupción, escandalizados los ojos con el espectáculo de tanta afrenta?

No nos digáis, por Dios, lo que fuimos; no nos matéis de vergüenza.

Dejad á ese mendigo que se goce en su mismo envilecimiento; no le recordéis que sus mayores fueron como príncipes, y dormían en lechos de pluma, y volaban reposando en coches de oro; le insultáis así, le desoláis, le hacéis saborear todo el horror de su miseria.

Borrad, pues, de nuestra historia, borrad los nombres de Covadonga y las Navas, Méjico y Pavía. Los héroes que allí resplandecieron, no fueron nuestros padres.

Quien os diga que lo fueron, miente. Generaciones de gigantes, que no desceñisteis en ocho siglos el casco, lidiando por el nombre de Dios y por el trono de vuestros reyes; raza de reyes, que señores de Occidente, hicisteis largamente temblar al son de vuestra espada al Oriente asombrado; héroes, que no cabiendo en un mundo, preguntasteis al cielo dónde había otro mundo, y lo visteis, y fué vuestro; Pelayo, Rui-Díaz, Guzmán, Gonzalo, Alvaro de Bazán, Hernán Cortés, Duque de Alba. ¿Reconocéis en nosotros á vuestros hijos? ¿Reconocéis á vuestra España, en esta España á quien han escupido las naciones y como desechada prostituta revolcaron por el lodo?

El carro de vuestra gloria lo hemos cubierto de inmundicia; la corona que ceñimos es corona de vergüenza.

Dios mío, hasta cuándo? No hemos ya

no empapado de lágrimas y sangre? Y sufrirás, Dios santo, que se exalten enorgulleciéndose los impíos, y devasten la tierra mofándose de ti que truenas en las alturas? Tócales, Señor, con tu diestra, para que sientan que eres su Dios.

Alegraos, alegraos; poneos en pie y esperad: he oído una voz; se han estremecido de júbilo mis entrañas: «El Señor va á tender su brazo, y desaparecerán los soberbios; defensa de la causa santa. el Señor mirará, y brotará luz de este caos; hablará el Señor, y de entre las ruinas de España se alzará resplandeciendo otra España más hermosa.»

Esto escribía el inolvidable Aparisi en 1843 describiendo en profecía la España

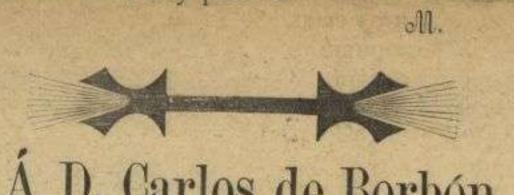
¿Qué ha pasado entre la grandeza de ayer y la vergüenza de hoy para afirmar con tanta fe y con palabras tan inspiradas, la esperanza de mañana?

Una cruzada que marchando desde Zaragoza hasta Valcarlos, luchó en los escombros humeantes de la ciudad heroica por la Religión, la patria y la monarquía que juraban los soldados de Palafox y que aclamaban los de Carlos VII con igual ardimiento el día de las grandes amarguras.

Un río de sangre que ha atravesado sin secarse los arenales revolucionarios, regando con sus ondas sagradas el árbol de la tradición que no puede morir sin que perezca España.

Ha pasado la revolución con la tea alumbrando sus propios horrores; pero á su lado, peleando siempre, el mártir y el héroe con la cruz y la espada, ofreciendo á los cielos en holocausto sus vidas y una fe que no se extingue y una lealtad que ni en la muerte se acaba.

Y porque pasó todo eso por esta tierra de España, pedestal de grandezas pasadas y de ignominias presentes, queda para alegría de las almas católicas y españolas un recuerdo y una esperanza que por encima de tanta bajeza enlazan, formando una guirnalda nunca rota, las coronas de los héroes y las palmas de los mártires. l'or ellos hay patria.



(Leido ante el cadáver de Ollo)

¡Muerto! ¡ha muerto, Señor! ¡Amargo llanto Navarra vierte, de dolor transida: Que ha terminado la gloriosa vida Del General, del Martir y del Santo!

¡Tu ves, Señor, el luto y el quebranto, Que aqueja al alma amante, dolorida! La Patria llora, que se siente herida Con la muerte del hijo à que amó tanto! «¡Ollo ha muerto!» fatidica pregona La fama con su lengua de diamante, Que sus virtudes y su gloria abona.

¡Ah! medita, Señor, en este instante, ¡A cuánto ha de obligar una corona Conquistada con precio semejante!

CONDE DE GUERNICA. 30 de Marzo de 1874.



LLA en la costa de Levante, y á corta distancia del mar, asiéntase la risueña villa de N. Sus blancas casas la asemejan á una ban-

dada de palomas que hubiera parado el vuelo en aquellos fértiles campos, poblados de naranjales. El ambiente que alli se respira está saturado de los perfumes del azahar mezclados con las salinas emanaciones del Mediterráneo que la brisa empuja hacia N. Alegre es el cielo, hermosa la campiña, aseada la población, y expansivos, honrados y trabajadores los habitantes.

En 1872 vivía en aquella villa una familia de desahogada posición, teniendo como patrimonio la felicidad. Su casa era el paño de lágrimas de los desgraciados, que en ella encontraban siempre, con dulces palabras de consuelo, el remedio material de su miseria. Los habitantes de N. querían y respetaban al senor Juan, jefe de aquella familia, á su hijo Tono, y consideraban como un ángel á su hija Ros.lía, que era la que dispensaba á manos llenas beneficios á los pobres y á los enfermos.

Rosalía era huérfana de madre desde muy niña, y sobre ella recayó, apenas salió de la adolescencia, el cargo de la casa, el cuidado de su padre y de su hermano, y por natural inclinación, y por los ejemplos en su casa vistos, el consuelo y auxilio de los que padecían.

Con la familia vivía en íntima unión, y como si de ella formara parte, una anciana criada, que puede decirse que era la madre de Rosalía, á quien vió nacer y con quien ejerció de madre cuando quedo huérfana.

Un joven de 24 años era el complemento futuro de aquella felicidad: llamábase Fernando y adoraba á Rosalía tanto como ésta le idolatraba. El matrimonio estaba concertado, y sólo los acontecimientos políticos habían podisufrido bastante? Hay un palmo de tierra do retardar su celebración.

Una tarde del mes de Mayo, el Sr. Juan reunió á su familia y al futuro esposo de su hija. Comunicoles que iba á abandonar la población, y que dejaba al frente de la casa á su hijo Tono; pero éste, que como los demás presentes supuso que el viaje de su padre no tenía otro objeto que acudir al llamamiento que Car-los VII había hecho á los carlistas para salvar á España, declaró que acompañaría á su padre, corriendo con él los peligros que exigiese la

Fijó Rosalía su mirada en los ojos de Fernando, su prometido, y en ellos pudo leer la lucha entablada en el alma de aquel si carlista decidido, amante prometido suyo. Dos sentimientos luchaban en ella: el deber de acudir en defensa de Dios, de la Patria y del Rey, y el tener para esto que abandonar á su idolatrada Rosalfa. La mirada que ésta le dirigió decidió el éxito; Fernando declaró que acompañaría á quienes ya consideraba como su padre y su

Al día siguiente, en aquella casa vivían solas Rosalia y la anciana criada.

Pasaron los meses; de vez en cuando llegaban á N. noticias de los ausentes. El Sr. Juan, oficial de la guerra de los siete años, era jefe: Fernando y Tono habían ido ascendiendo, y ya llevaban el galón de alférez. Todos estaban buenos, todos combatían valerosamente. Estas noticias eran un consuelo en la soledad de la blanca casita de N.

Pero un día llegó una triste noticia: Tono y su padre estaban heridos; el origen de la desconsoladora nueva no era en absoluto digno de crédito, pero fué lo suficiente para que ya no hubiera en la casa de Rosalia mas que lágrimas y oraciones, y largos días de dolorosa incertidumbre. Desgraciadamente la noticia no sólo se confirmó, sino que revistió más lúgubres colores: el Sr. Juan y su hijo Tono habían muerto como valientes.

El golpe era rudo; Rosalía cayó agobiada por el dolor, de rodillas, ante una imagen de Nuestra Señora de la Cueva Santa. Lágrimas abundantes brotaban de sus ojos, oraciones fervorosas de su alma, traduciéndose en palabras que pronunciaban sus labios; su mirada, empañada por el llanto, fijábase suplicante en la imagen de la Madre de Dios, bajo cuyo amparo se ponía la joven huérfana, y la que invocamos en la Letania con el título de Consolatrix aflictórum, acudió sin duda en apoyo de la desconsolada doncella.

Algunos días después, una joven enlutada llegaba al antiguo castillo que los condes de Fuentes poseían en Mora y que después de haber servido de cárcel, se hallaba por los azares

de la guerra convertido en hospital carlista. Al día siguiente había en el hospital una nueva enfermera: era la joven enlutada: era Rosalia.

En una pobre cama del hospital estaba agonizando un herido: era un oficial carlista. Un ministro del Altísimo le prodigaba los últimos y consoladores auxilios de la Religión. El moribundo herido, sofocado por la fiebre, pidió agua, y el sacerdote transmitió la petición á la nueva enfermera, á Rosalia, que aquel día inauguraba su servicio.

Apresuróse la joven à satisfacer el deseo del oficial carlista; pero al llegar á la cama y alargar su mano, diciendo al moribundo: «Tome agua, hermano,» la voz expiró en su garganta, sus ojos se abrieron desmesuradamente y un temblor convulsivo agitó todo su cuerpo. Los ya cerrados ojos del herido abriéronse al sonido de aquella voz y fijáronse en la enfermera; su cabeza se levantó un poco de la almohada, y sus labios se abrieron para dejar escapar con anhelosa voz este solo nombre:

-Rosalia! -¡Fernando!-exclamó ésta, cayendo de rodillas y apoyando la desvanecida cabeza en el borde de la cama.

La mano de Fernando posóse sobre aquella tan querida cabeza; sus labios balbucearon un Igracias, Dios mío! y sus ojos se cerraron para toria. stempre.

Hace algún tiempo entramos en una de esas casas donde el pobre encuentra juntamente con la asistencia facultativa, el consuelo y los cuidados de esos ángeles que se llaman Hijas de San Vicente: en un hospital. De una de las salas vi salir una Hermana de la Caridad, nos apartamos para dejarla paso, y un antiguo compañero de armas que me acompañaba, me

-- No conoces á esa Hermana?

caritativa obra?

-Es una enfermera del hospital carlista de Mora; es Rosalía, la de N. -¡Cómo! ¿Ha continuado en su hermosa y

-Sí; mientras hubo necesidad prestó sus servicios en aquel hospital, y después, huérfana, sin hermano y sin su prometido, quiso crearse una familia en los desgraciados; ingresó en el instituto de San Vicente de Paul, y con tal entusiasmo y tanto cariño se consagra á su misión, que llueven sobre ella las bendiciones de los pobres.

Al salir de la sala volvimos á encontrar á la Hermana y nos descubrimos respetuosamente saludando en ella á la vez á la virtuosa Hija de San Vicente y á la enfermera carlista de Mora, tan probada por la desgracia.

J. Aranda.



## sin precedente



on segunda vez la España tradicional irá hoy á los templos à rezar por los que murieron en defensa de la monarquía cristiana, á los cementerios, para depositar una corona en la tumba de

sus mártires, y á los círculos, á cantar las épicas hazañas y el heroismo de tan bravos ada-Hermoso concierto de plegarias, recuerdos

y alabanzas el que hoy se formará en todos los ámbitos de la Península y en todos aquellos puntos en que haya un corazón que lata al impulso del amor patriol

Nuestros legendarios héroes, desde el humilde voluntario, cuya muerte pasó desapercibida, hasta el general de más renombre, tenían una página, escrita con indelebles caracteres, en nuestra memoria, y un altar y un culto en nuestro corazón; pero el recuerdo y el culto eran individuales. Si bien entusiastas cuanto cabe, no aparecieron en hermoso conjunto como ahora, desde que D. Carlos, admirador de todo lo grande, de todo lo heroico, de todo lo sublime, concibió el más bello de los propósitos: el de instituir la Fiesta de los Mártires.

El R... comprendió á su pueblo al instituir dicha fiesta, y el pueblo ha comprendido á su R... al celebrarla. Entre un amo y sus criados puede haber disparidad de ideas y de sentimientos, caben la discordia y las imposiciones; pero no entre un padre y sus hijos, y mucho menos tratándose de honrar la memoria de los mártires de la religión, de la patria y de la

En España el heroísmo es consecuencia del carácter y temperamento de sus habitantes; desde los tiempos más remotos, la historia registra en cada página un acto de heroísmo, llevado á cabo por los españoles. Está en el ambiente, se respira con el aire, forma parte integrante de la sangre, como la indolencia en los árabes, el mercantilismo en los Estados Unidos, la frivolidad en la Francia de nuestros días, el dilettantismo en Italia y la reflexiva calma en los pueblos septentrionales.

Siempre español y héroe fueron palabras

Pero desde que el liberalismo, importado fraudulentamente por unos cuantos locos y otros tantos malvados, escaló las gradas del trono y desde allí vertió su venenosa baba de reptil inmundo, extraviando inteligencias y corrompiendo corazones; desde que el liberalismo rompió de una manera más ó menos declarada la hermosa trilogía de nuestras unidades, base de nuestra grandeza, explotando, abandonando ó escarneciendo la Religión, supeditando los supremos intereses de la patria á los de los salteadores políticos de turno y no dejando á la dignidad real otra cosa que el cargo de encubridora y sancionadora de todas las torpezas y fechorías de los gobernantes, desde entonces para ser héroe se necesita algo más que ser español, si la palabra se toma en el sentido que la dan el Código civil y el Diccionario: se necesita ser carlista expresa ó tácitamente.

Sacrificar, como sacrificaron aquellos por cuyas almas hacemos hoy sufragios y cuya memoria ensalzamos á medida de nuestras fuerzas, su bienestar, sus haciendas y sus vidas en una época en que en las leyes, en las catedras y en todas partes se enseña á considerar á la religión como cosa convencional y pasada ya de moda, á la patria como finca sin dueño, como terreno abonado para toda clase de explotaciones, y al rey como una sombra, como una figura decorativa, como algo prendido á la nación con alfileres, sacrificarlo todo, decimos, por la religión, por la patria y por el rey, es un acto que no tiene precedente en la his-

Acertado estuvo D. Carlos al llamarles mártires, pues lo que hicieron traspasa los límites del heroísmo.

ol. Mestres.

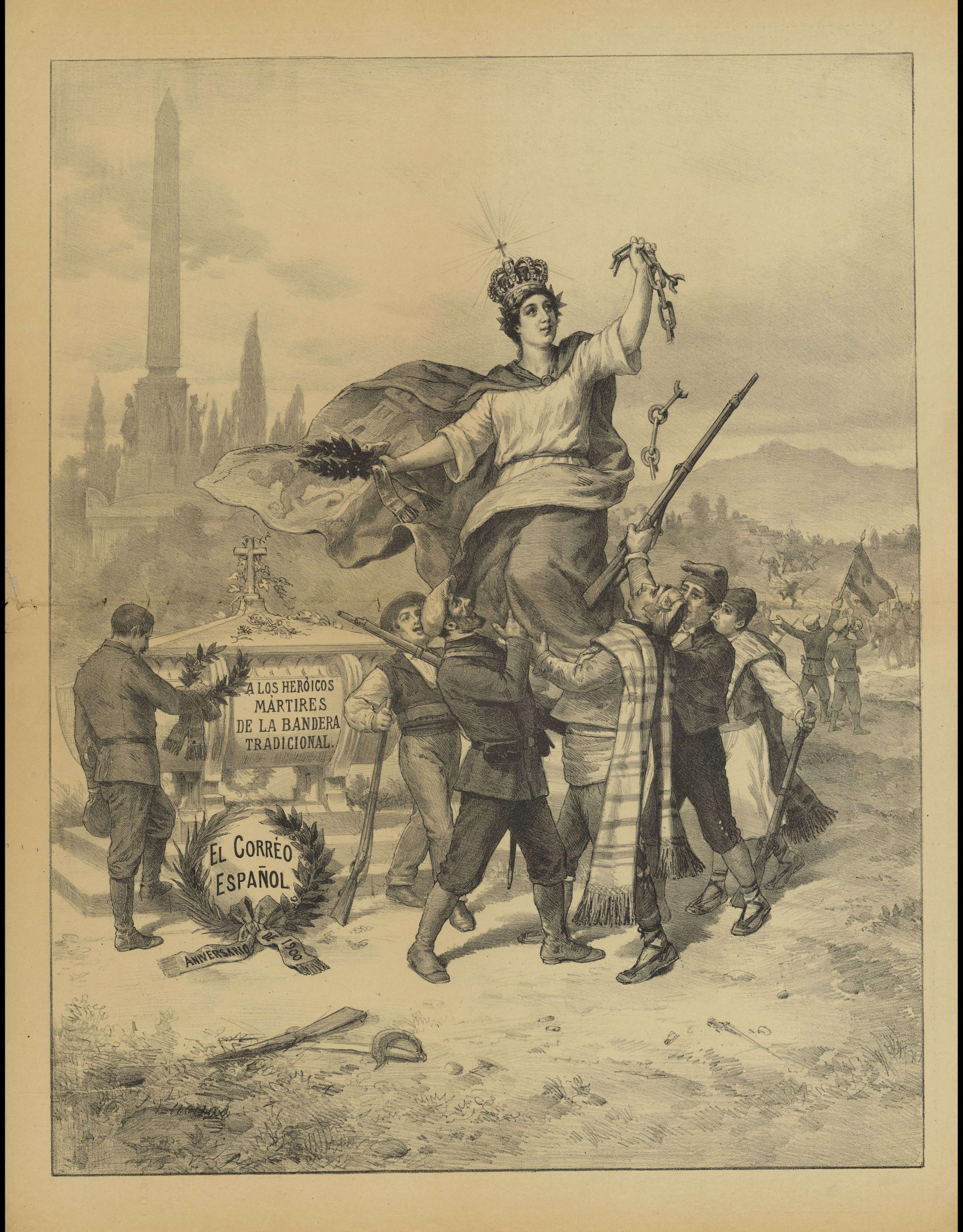
# de los mártires

¡Hermoso espectáculo el que ofrece la España carlista en el día de hoy! Unidos sus hijos en apretado haz y respondiendo perfectamente á sus católicos ideales, dedicanse á honrar la memoria de aquellos hermanos que ofrecieron el sacrificio de su vida en el altar de Dios, Patria y Rey. Juntos todos los carlistas elevamos nuestras plegarias para que obtengan el descanso eterno los que tan denodadamente lucharon en la tierra por la causa de la fe y de la legitimidad; juntos afianzamos nuestras convicciones con el recuerdo de tan memorables ejemplos, y juntos admiramos las hazañas de esa legión de héroes que dieron su vida en defensa del sagrado lema que todos creemos, que todos veneramos y que nos une á todos.

Es ésta, ante todo y sobre todo, una fiesta del corazón. En ella se cifran y compendian todos los amores, todas las alegrías y todas las tristezas de los carlistas; á ella van vinculados todos sus recuerdos; en ella encuentran también el raudal de sus esperanzas; esta fiesta acrecienta su fe, sostiene su constancia, conforta su espíritu y dispone su corazón para realizar toda clase de sacrificios por dolorosos

que sean. Qué oración hay más elocuente para despertar todos los entusiasmos carlistas, que los

2015-MECD



nombres de aquellos atletas de la causa de el gran Duque de Alba, Hernán Cortés, Pérez Dios y del Rey?

Mas al renovar la memoria de estes ilustres patricios, encarnación viva de la antigua España, no podemos menos de contemplar con tristeza á la que fué un día matrona ilustre, temida y respetada en todos los ámbitos del mundo, convertida hoy por obra del liberalismo, en débil mujercilla, cuyo rostro azotan las salvajes kabilas del Riff, cuya mejilla escupen á toda hora los yankees, y cuyo seno desgarran con cruentísimas guerras aquellos mismos hijos á quienes ella alumbró un día á la vida de la civilización.

No es hoy precisamente el día designado para exigir á quienes corresponda la responsabilidad inmensa en que han incurrido al arrastrar á España á tan vergonzoso estado y el colocarla en tan penoso trance. Dia llegará de valerosos mantenedores del derecho cristiano... esto; mas por hoy limitémonos à deplorar, como buenos hijos, las tristezas de la Madre Patria, à pedir al cielo que amanezcan para ella días mejores, y á rogar á Dios por el alma de aquellos nobles paladines que sucumbieron como buenos en el campo del honor y de la lealtad...

¡Qué párrafos tan admirables los de la carta del R... al Marqués de Cerralbo, instituyendo esta Fiesta de los Mártires! ¡Cómo se descubren en ellos el vigoroso estilo, los cristianos sentimientos, el alma noble y generosa de quien escribió los Manifiestos carlistas, esos gallardos documentos que han dado la vuelta al mundo, excitando la admiración de todos los estadistas católicos, y á cuyo mágico impulso surgieron en España cien mil voluntarios dispuestos à derramar hasta la última gota de su sangre para defender la bandera en ellos simboli-

No pudo concebir D. Carlos idea que mejor encajase dentro de los moldes católicos de nuestro programa, que la institución de esta fiesta. Porque si la Iglesia consagra un día en el año á la conmemoración de sus fieles difuntos, y eleva hasta los altares á sus mártires, mostrándolos como ejemplos esforzados para sostenernos en el camimo de la fe y como la estela luminosa que debemos seguir, por modo análogo, el R... nos presenta á los mártires de la gran bandera española, como encarnación, imagen y modelo de todas las virtudes nacionales y de todas las grandezas patrias.

Y al instituir esta fiesta tan cristiana ha realizado el R... sin pretenderlo, un habilísimo pensamiento que ha de ser fecundo en bienes para su Causa. En efecto, con el recuerdo se nutre la esperanza, y si ésta, como virtud teologal, es necesaria á todo fiel cristiano para su salvación, como virtud política es también de todo punto indispensable para la existencia y conservación de los partidos. Ne lo es el carlista (al menos en el mal sentido que aquí tiene ya esta palabra); pero de todas suertes, no es posible desconocer que si nuestra Comunión tiene por base la fe ciega y absoluta en sus principios políticos, sostiénela también en sus duras vicisitudes la firme esperanza que todos tenemos en el triunfo de nuestros ideales. Sin esta esperanza no seríamos lo que somos, ni constituiriamos la agrupación política acaso más antigua de todas cuantas existen en el mundo.

Pero quiere el R... que esta fiesta no lo sea de partido sino eminentemente nacional. Por eso manda que paguemos también el tributo de Fiéreito españal ane allenda los meses en ly meimero a en hij lamantarna de a malla mana. perla de nuestras Antillas (y este año además en el vasto Archipiélago magallánico) están purgando con su sangre generosa los errores de los gobiernos desdichados que con su administración inmoral, con sus concupiscencias rastreras y con su obra maldita de descristianización masónica han puesto en trance de perderse los últimos restos de aquel poderoso imperio colonial que conquistaron, civilizaron y cristianizaron los españoles de mejores tiempos.

Por eso manda también que tributemos un recuerdo á aquellos bravos antepasados nuestros que en los principios de este siglo, no pudiendo contener su indignación rompieron los diques de ésta, provocando el glorioso alzamiento del Dos de Mayo de 1808 y emprendiendo aquel desigual combate que (según la frase elocuente de un amigo nuestro) hizo que las águilas napoleónicas que se habían posado. orgullosas sobre los tronos más altos de Europa fueran clavadas por las bayonetas de nuestros soldados y arrastradas por el polvo desde Bailén hasta las llanuras de Vitoria, para ser después arrojadas como sangriento trofeo al otro lado de los Pirineos y morir abandonadas en el solitario peñasco de Santa Elena perdido en las inmensidades del Océano.

¿Y cómo no, si la fiesta del 10 de Marzo es complemento necesario à la fiesta del Dos de Mayo? ¿Cómo no, si la sangre vertida en las calles de Madrid, en los campos de Bailén, en la explanada de San Marcial, en los parajes de Albuera y de Arapiles, era la misma sangre generosa que regó más tarde las orillas del Ebro, los montes de Abarzuza y de Lácar, las alturas de Oriamendi y las inmediaciones de Bilbao? ¿Cómo no, si la bandera que enarboló Carlos V es la misma que el año ocho simbolizó aquella lucha de titanes, corroborada con los sangrientos lauros de Bailén y con los gloriosos escombros de Zaragoza?

bre y cuán gratos recuerdos evoca á nuestra cros: pero ahora... la mayor parte pasan de

A la cabeza de esta nobilísima legión está el Sr. D. Carlos María Isidro, príncipe católico por antonomasia, dotado de las más bellas cualidades que puedan concurrrir en un hombre. Figura interesante y simpática á más no poder, rebosando bondad en todos sus actos, grandeza en todas sus ideas y fe cristiana en todos sus escritos. Carácter diametralmente rezar. opuesto al de su hermano Fernando, porque (al revés que éste) era franco, generoso, sincero, castizamente español y católico á macha martillo. Cuando en la prisión de Valencey, Fernando se arrastraba á los pies del César blasfemo, que había osado poner su sacrilega mano en la venerable mejilla del Vicario de Cristo, Carlos permanecía altivo y entero conservando en todo momento esa resignación rrón; pero maldito si se acuerdan para nada sus raíces y dirigen al cielo sus copas. Su vida Castells, y que va desde Balanzátegui á Andéalmas grandes sumidas en la desgracia.

ción, aparecen alistados miles y miles de voel libro de la gloria, junto à los del Cid Cam- se les ofrezcan sufragios y dediquen oraciones peador, Fernán González, Gonzalo de Córdoba, sin cuento.

del Pulgar y Pedro Navarro...

Ni bastósla traición para poner un punto en Patria y de se Rey... estas hazanas y desalentar a los denodados paladines del altar y del trono. Porque esperaron, arma al brazo, más de treinta años, y cuando los sagrados intereses de la religión lo reclamaron, un nieto de Carlos V, digno de tan ilustre abuelo, desenvainó su espada, convocó á sus huestes y volvieron à pisar la arena del combate los valerosos cruzados de 1808 y de 1833, reverdeciendo, sus laureles de triunfo y añadiendo nuevas páginas de oro á la historia de las heroicidades españolas.

Saludemos hoy con veneración y respeto á los mártires carlistas, esforzados adalides de la verdad, aguerridos campeones del honor,

Que su sangre generosa presentada ante las gradas de Dios, por aquella Virgen Inmaculada, que fué la Patrona y Generalisima de nuestros ejércitos, y desde las cumbres de Montserrat, del Puig, de Aranzasu y de Begoña, presidiólos sus triunfos y oyó las oraciones de nuestros voluntarios, consiga del Altísimo la pronta y total restauración de la España antigua y de sus gloriosas tradiciones!

José Joaquin de obsepuero. Madrid to de Marzo de 1807.



io abajo y carretera adelante, pues ésta, mona de aquél, va constantemente lamiendo sus orillas, retorciéndose ó enderezándo-

se, según al Guadalaviar se le antoja, llegamosá las inmediaciones del pueblo y, apoyándose en la pared á piedra se ca de un cerrado, vimesuna, eruz, negra y tosca, con la mal pergenada inscripción signiente:

Aqui fallecio Joaquina Sánchez, año 1896

-¿Qué es eso?

- Ya lo ve usted; una cruz que recuerda al transeunte cierta desgracia. -Esta Joaquina Sánchez ¿murió aquí de

-Aquí mismo, no; se despeñó la pobre desde la cumbre de esos peñascos, que al otro lado del río y ahí enfrente se levantan, hasta

el fondo del barranco. -Quedaría muerta en el acto. -Aplastado el cráneo, con cuatro costillas

rotas, y el cuerpo magullado y lleno de heridas y contusiones. —¡Infeliz! ¿Cómo hizo?

-Regresaba de Albarracín, á pie, y con una nieta suya; se le hizo de noche, perdieron el eamino, avanzó la abuela en busca de la senda y cayó al abismo. La niña, arrebujada en su saya y dando diente con diente de frio y de miedo, pasó en el peñasco toda la noche, y al romper el día prorrumpió en lamentos pidiendo socorro, con la particularidad de que el primero que la oyó y voló en su auxilió fué su mismo padre é hijo de la difunta, que alarmado por no haber regresado al pueblo, venía en busca de las viajeras por esta carretera. Connuestras oraciones á los heroicos soldados del sidere usted cómo quedaría el infeliz al oir ra, y al ver después el deforme y descuadernado cadáver de su madre.

> -Dios la haya perdonado. -Precisamente para eso se pone la cruz, en demanda de sufragios por tan desgraciados di-

> Rezaron un responso por el alma de Joaquina Sánchez.

-Buena idea y tradición santa: en las capitales nadie se acuerda de los difuntos. Al que se muere lo entierran y santas pascuas. .—Sí se acuerdan, para depositar coronas y

flores sobre su tumba. -Costumbre pagana.

-Tan pagana como la cremación de los cadáveres y lo que pudiéramos llamar su incineración, esto es, la costumbre de guardar las cenizas de nuestros muertos en frascos rotulados como botes en botica.

-¿Y quién hace ya eso? -Los neopaganos que así tributan culto á

los manes de sus difuntos. -Me horripila lo del frasco.

-En cambio consuela lo de la cruz. Y como las malas doctrinas cunden por todas partes, y los incredutos modernos han saprimido de una plumada el purgatorio, hasta en los puebles va perdiéndose la consoladora tradición de las cruces o adulterándose las inscripciones. Esta misma que acabamos de leer, ni pone al final, R. I. P., ni pide oraciones por la difunta.

Entiendo que era más tierna y piadosa otra que vi en la sierra, ilegible casi, escrita sobre la madera con un hierro e ndente y que



concluia asi: Acordaisus 🖹 de su pobrecica alma. Antiguamente, cuando los caminantes tropezaban con una de estas cruces, rezaban un Padrenuestro y depositaban una piedra al pie del leño, viéndose

à veces consoladores ¡Los mártires carlistas! ¡Qué hermoso nom- montones de cantos en torno de estos simulalargo, sin acordarse del rezo, ni de la pi dra.

- Vamos, no se queje usted, que aquí... -Gracias á Dios, aquí ann hay fe y riedad. Mire usted otra cruz, en la carretera también, aunque à la salida del pueblo. Aqui murió Pedro Lanzuela, de Cella: año 1891. Este era un

carretero á quien mató su propio carro.

ros en la mano y rezando por los caminos...

-Nos llamará carlistones ¿y qué? Precisa- gratitud y amor. mente esa es la diferencia esencial entre liberales y carlistas. Aquéllos no tienen fe en nadie, ni en nada, ni aun en sus propios sistemas y principios. Piensan mucho en los vivos, cruces que perpetúan su memoria. Las sociesobre todo si son poderosos y reparten tu- dades son como los árboles. Meten en el suelo

digna y ese orgullo noble que caracterizan à las de los muertos como no sea para heredarles. arranca del pasado: allí ...prenden los ejem-La comunión carlista, por el contrario, tiene Y bajo las banderas de este Príncipe, que fe, mucha fe; vive de gloriosos recuerdos y declara valientemente la guerra á la revolu- tradiciones venerandas; no idolatra á los vivos, pero ruega à Dios por sus muertos, por sus héluntarios, conducidos á la victoria por caudí- roes y por sus mártires, y su Augusto Jefe, el llos tan ilustres como el genio de la guerra, Señor Duque de Madrid, ha tenido la felicisi-D. Tomás Zumalacárregui, y por otros insig- ma idea de consagrarles el 10 de Marzo, para nes capitanes cuyos nombres están escritos en que en todos los ámbitos de la tierra española

-Si hubiéramos de dedicar una cruz á cuantos han muerto en defensa de su Dios, de su

- No cabrian las cruces en España. -Pero si caben en la memoria y en el co-

razón de los carlistas. -Ciertamente, que somos católicos y bien

- Adelante, pues, y beati mortui qui in Dômino moriuntur.

Manuel Tolo y Legrolón. Gea de Albarracin 26 de Febrero de 1807.

de la patria

Todo lo que tiene razón de ser, vive. Por eso el gran aniversario instituído en el destierro por la majestad despojada, no será presa de la muerte. El alma de la patria, compenetrándole con su fecunda esencia, le dotará de su propia inmortalidad.

Porque la patria española es un cuerpo que tiene alma... Sus viejas y gloriosas tradiciones, su épica historia, sus códigos inmortales, sus costumbres sanas y santas, sus fueros venerandos, su hidalguía legendaria, esos son los perfumes que componen el alma de España. Por eso el liberalismo aspira á quitárselos, para dejarla sin alma, ó lo que es igual, para convertirla en tierra podrida que sea receptáculo de todas las corrupciones.

Natural es que el liberalismo haya ido suprimiendo, poco á poco y mucho á mucho, los grandes aniversarios nacionales. ¿Cómo se festejan ya sucesos como la batalla de las Navas, la de Lepanto, la de Pavía, la de San Quintín, la de Otumba y la toma de Granada? En menos de un siglo, hasta el aniversario del Dos de Mayo ha caido en desuso; y sólo se celebra en Madrid, con una Misa y una procesión de empleados municipales, esto es, de patriotas con nómina. Necesitando dominar sobre un cuerpo sin alma, teni, ti liberalismo que suprimii esas memorias, en las cuales palpita siempre el espiritu que las dió el ser. Y, en efecto, las suprimió y domina sobre un tronco.

Había que restaurar la necrépolis nacional, donde sobre las áridas osamentas de los patriotas de verdad de todos los tiempos, flotaba el alma de España; endechando elegías, inspiradas por el olvido de las antiguas glorias... Había que instituir algo que nos recordase siquiera un dia porque nos llamamos españoles y no mahometanos, tudescos ó franceses, porque dimos leyes á dos ó tres mundos, porque tuvimos voz y voto en las grandes Asambleas de la cristiandad, porque ganamos todas las competencias en materias de valor, santidad, sabiduría y heroísmo, figurando á la cabeza de una Europa semi bárbara, que recibia prosternada los consejos de nuestra gran monarquía... Y esa institución, prevista por la gracia de Estado del hombre providencial que arde en llamas de amor por la patria y vela per ella, desde la altura de su destino injusto, está ya decretada y grabada en el corazón de los espafioles. No se borrará de elles.

Desde hace un año funciona esa institución, ue no prescribe galas cen uniforme, besamanos, salvas de cañón, ni procesiones civicas, exornadas don aparanos beatraies, sino piegarias ferverosas, olicios religiosos y manifestaciones del sentimiento nacional, radiante de sencillez y de ternura.

Merced á ello se mantendrán redivivos todos los recuerdos gloriosos de la patria, sus amadas tradiciones, sus memorables grandezas, sus honores inmarcesibles, los altos ejemplos de sus héroes y los hechos renombrados que elevaron la dignidad de su historia á la majestad de la epopeya...

Desde el púlpito, desde la tribuna, desde las columnas de los periódicos, se proclamará todo eso con armonia grata á los corazones que saben amar y sentir; y el alma de la patria se mostrará enternecida y vigorizada al oir esa salmodia capaz de rejuvenecer á los viejos inmortales...

Sea esta institución objeto de nuestras más puras consagraciones y el alma nacional vivirá flotando sobre un océano de luz y de ventura... ¡Loor à su augusto fundador, que aspira à reintegrarnos en el dominio útil de nuestra dignidad de españoles, sin mezclas de extran--jeria; Dios prospere su vida para redimirnos de la cautividad liberal, en que el alma de la patria está perpetuamente condenada á muerte civil... annque nunca sufrirá la pena!





OMO cristianos, vamos al templo à dedicar un recuerdo piadoso á los mártires que-

pañola nuestra bandera, los héroes que á la ras de aquel largo martirologio. sombra de ella murieron, nuestros héroes.

todo simultáneo, que se concreta al número del hogar, ni la Iglesia á los que peregrinan en Descubriéronse otra vez, y volvieron á la tierra. La Iglesia, la familia y la nación tienen su pasado, al que viven unidas por vincu--Si pasa alguno y nos ve con los sombre- los de sangre, al que deben tesoros inmensos de beneficios, y al que miran con mirada de mueren los carlistas!»

En los hogares y en los corazones está el recuerdo de los que fueron, en el s lar de la patria se esconden sus cenizas y se alzan las plos de los héroes, las virtudes de los santos

y la abnegación de los mártires. Y el requerdo se hace más vivo y más amable á medida que el presente está más cargado de tristezas. El alma dichosa puede tal vez borrar las imágenes del pasado; pero la desgracia las resucita y las adora. En las tribulaciones los recuerdos felices sustituyen á la vida misma; son ellos los que la forman, los que animan y consuelan.

España vive hoy así. En sus amarguras inmensas nada hay amable para ella mas que su tradición, sa repopeyas, sus grandezas, sus glorias, sus héroes y sus martires. Si el presente guerra. es nuestro deshonor y nuestro duelo, la tradición es nuestro orgullo. La historia tiene para ella un altar y un libro: el libro en que se leen sus hazañas; el altar donde está la Cruz que guarda las gloriosas sepulturas...

Ante esa Cruz vamos hoy á postrarnos los carlistas, y á rezar por los mártires de España. Que fiesta española y cristiana es nuestra

fiesta... No es de un partido, no! Hubo un tiempo en que España entera, sin más excepción que unos cuantos masones, era carlista. No habían nacido en ella los partidos ni alzado la cabeza las concupiscencias de la política. Los españoles todos amaban su tradición, su monarquía, su fe y su patria. Y como la amaban la defendieron y dieron hacienda y vida por ella.

Después renegaron algunos de aquella bandera querida. No es que el corazón se apartase de los antiguos amores, es que la codicia y el apetito se fueron en pos del éxito. Y los hijos abandonaron la vieja senda de los padres, y se entraron en los partidos que han medrado con las desdichas nacionales. En todos esos partidos hay muchos, muchísimos, á quienes se oye repetidas veces.

-Mi padre fué carlista; mi abuelo murió en la guerra, mi hermano estuvo en la emigración. Y no hay familia española que no cuente

algún recuerdo semejante. Por eso no hay familia española que no par- la lego. ticipe de nuestras oraciones. Rogamos por todos, porque todos son nuestros, como nuestra es la patria. Nos han precedido con sus sacrificios, nos entu-iasman con su ejemplo, nos alientan con su historia. Orar por ellos, ofrecerles una oración y una lágrima, es confesar que somos sus hijos, que viven sus almas en las nuestras, que la antigua fe nos mueve.

Y esta fiesta de oraciones es también fiesta de amor. Orando no se odia, se ama. Orando no se despiertan rencores, se purifican las almas y se engrandecen. Y orar por los antepasados, de los que tal vez hoy son adversarios nuestros, es más que homenaje filial, caridad la seguridad de que mi Rey no desoirá la últisublime ...

Y con la oración viene lo demás por añadidura. Esa fiesta cristiana vale más que todos los argumentos en pro de la significación de los carlistas.

La Iglesia tiene sus santos y sus mártires, y su unión con ellos es la prueba mejor de que 'á su hijo. es la Iglesia verdadera. Las sectas, cuando se separaron, no perdieron solamente la fe, perdejaron á la Iglesia, como prendas infalibles de que ella es su heredera.

Los mártires de las guerras tradicionales, los tenemos nosotros. El liberalismo nos los ha dejado. Las rebeliones no han podido usurpárnoslos. Murieron por nuestro ideal, en este siglo y en los otros siglos. Llevaban nuestros mismos amores; eran nuestros. Nuestra es, por tanto, su herencia; aquella Cruz que besaron al morir; aquella bandera que fué sudario de sus cuerpos; aquel último suspiro que dedicaron à su Dios y á su España.

Por España también rogamos al rogar por ellos; porque España es la tradición y la tradición surge de sus sepulcros como la flor que es símbolo de la esperanza y la siempreviva que es figura de la inmortalidad.

## \*\*\*\*\*\*\*\*\* mueren los carlistas

Al golpe de media noche de uno de los últimos días del pasado Enero, entregaba su alma à Dios, en tierra francesa fronteriza à España, un emigrado carlista.

entre el reducido número de gentes que le ayudaban á ganar su vida y la de su mujer y de sus hijos, frecuentando la tiendecita en que

vendia productos españoles.

Su nombre verdadero era Francisco Adria. Veinte años ha salió de su pueblo, en la provincia de Tarragona, para defender las creencias y las libertades de su patria, con las armas en la mano, y desde que la suerte adversa le obligó à deponer éstas, vivía en la contraseña propia del batallón del herido. inmigración, imponiendose dentro de su modesta esfera, al respeto y á la simpatía de todos por su honradez y su laboriosidad.

Había pertenecido á un cuerpo, en torno al cual la mala fe y el fanatismo, sectarios, han puesto empeño en crear leyendas patibularias. Era trabucaire de Savalls.

Pero á la manera que el trozo más pequeño de un espejo hecho pedazos reproduce con toda. pureza, si el espejo es baeno, los esplen lores del firmamento, así el alma del pobre trabucaire, atomo insignificante de nuestra comunión, reflejaba los dos grandes luminares que à esta ennoblecen: la fe religiosa española y el honor carlista.

La santa tranquilidad con que soportó horrendos padecimientos, la plácida alegría con que saludó á la muerte al sentirla cerca, la nidoso, y lo soberbio..... serenidad y fervor con que se preparó á recibirla, enternecieron y edificaron al virtuoso sacerdote que le ayudó con sus auxilios en los últimos momentos y en tota su enfermedad, que duró dos semanas.

La muerte del obscuro partidario catalán des del alma más pura que yo he conocido! La tradición es nuestro trafa á la memoria de su confesor todo aquel programa, la bandera es- pasado de gloria, y evocaba las marciales figu- dre rezaba con la cabeza puesta sobre el cada-

Y repasando, con indecible emoción, tantas ¡Amar la tradición! No son las naciones un muertes sublimes, espantábase él mismo, con religioso asombro de la grandeza de aquella de los que viven dentro de sus fronteras, ni las epopeya, en que delante de la prueba suprema, santo. familias se limitan á los que están dentro todos, ilustres y obscuros, nobles y piebeyos, teranos y reclutas, se erguian gigantes en los umbrales de la eternidad. Y exclamaba lleno do oímos hablar del «cadáver» del carlismo? de confusión y de ternura: «¡Dios mio! ¡Cómo

Esta frase, tan espontánea y tan sencilla, me ha puesto la pluma en la mano.

Efectivamente, jeomo umeren los carlistas! Sin remontarnos más allá de los tiempos de Carlos VII, jouantas enseñanzas en la larga lista que empieza en Arévalo para concluir en chaga y Egaña!

¿Quién que lleve dentro del pecho un corazón cristiano y español ha de vacilar ni un instante en seguir una senda, à cuyo final nos muestran esos ejemplos la paz y la serenidad, aguardándonos para sacarnos de esta vida con la alegría del deber cumplido?

Y de propósito cito primeramente á los mártires que cayeron lejos de las balas, para que no pueda alegarse que la imaginación los em-

La muerte de un cristiano y de un caballero no nece-ita, para aparecer imponentemente bella, las trágicas galas de la poesía de la

Heridos murieron los millares de carlistas á quienes mató la emigración, por más que la

sangre no corriese por fuera. Y de los que recibieron la muerte del soldado, ¿quién no envidia, para no citar más que á dos grandes figuras, el fin de Ollo y el de Lozano?

Volvía Carlos VII de la línea de Bilbao á su alojamiento de las Cruces en la funesta tarde del 30 de Marzo de 1874, cuando una aldeana, con el rostro inmutado, atajó el paso à su caballo gritando: «¡Han matado allí à generales!»

Picó el Rey espuelas y se dirigió á todo escape al punto señalado por la campesina. Sobre la tosca mesa de una pobre venta estaba arrojado el cuerpo informe del héroe.

La luz del Poniente inundaba la estancia con las melancólicas tintas del ocaso. A las palabras de consuelo balbuceadas por

su Rey, replicó el conde de Somorrostro señalando á la ventana:

-Señor, no volveré à ver mas ese sel que ahora se pone; pero salí para morir, y es natural que muera. Sólo una pena me llevo de este mundo: ¡La de no haber conocido á S. M. la Reinal

-No tengo aqui más que mi espada y mi caballo que me pertenezcan-terminó diciendo; - esas son la herencia de mi Rey; á S. M. se

El español, el monárquico y el caballero cesaron de hablar, y no quedó en el moribundo más voz que la del cristiano para saludar al cielo, después de haberse despedido tan gallardamente de la tierra.

La grandiosidad de aquel cuadro sólo es comparable con la que ofrecen los últimos momentos de Lozano.

«Si mi sangre vale algo, y el Rey quiere pagarmela-dijo al ir al suplicio,-pidole que me permita fijar el precio. ¡Que no se derrame por ella ni una sola gota de la de nuestros enemigos! Muero satisfecho y recompensado, con ma súplica de este fiel sol lado suyo, que no sexyo causa de que otras madres viertan lágrimas como las que hoy derrama la mía.»

Sublime recomendación, que no fué desatendida, y que recuerda la carta escrita años antes, en situación idéntica, por Balanzátegui

El sacerdote que me ha impulsado á escribir estas líneas recordaba la lúgubre noche que dieron además los mártires y los santos. Se los pasó en la borda de Eraúl asistiendo en la agonía á los moribundos de uno y otro ejército, confundidos en la fraternidad del dolor.

«Nunca, me decía, nunca saldrá de mi imaginación aquel contraste. Los nuestros edificaban. Padecer y morir era para ellos dulcísimo y glorioso. Recibido el Crucifijo de mis manos, aplicábanlo con ardor indecible á sus labios, de los cuales salían, entre fervorosos besos, estas palabras: «¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias por padecer, gracias por merir! Gracias por haber aceptado mi sangre y mi vidal» Si si por acaso se distraían un instante de sus arrebatos de gozo, era para volver los ojos, medio velados ya por la muerte, a algún herido liberal que blasfemaba al lado suyo, y para consolarle con tal ardor de comunicativa caridad, con frases de tan inconsciente y profunda sabiduría, que á más de un desesperado volvieron la esperanza, y á más de un réprobo convirtieron en arrepentido. Alli no sólo se comprendie, sino que se veia, con la clarida e con que deben verse las cosas más allá del sepulcro, quiénes peleaban por Dios, quiénes contra Dios; quiénes por el bien, quiénes por el mal; quiénes en guerra justa, quiénes en guerra injusta; quiénes obedeciendo á la conciencia, quiénes siguiendo á la ambición ó á intereses terrenales.»

A medida que el sacerdote se expresaba, Por el apodo de el Catalán era designado iba desarrollánciose ante mis ojos otra escena por mí presentada, y que en lo más hondo del alma guardaré toda la vida.

Era en un hospital de sangre en el Norte, muy próximo á la línea.

En un pobre lecho agonizaba un joven oficial castellano, apuesto mancebo casi imberbe. De repente, al pie de la ventana se oyó una corneta, que después de lanzar al aire las agudas notas del toque de llamada, dejó oir la

Este hizo un brusco movimiento. Sus negros ojos lanzaron una viva llamarada, que instantáneamente quedó apagada en una ola de lágrimas.

-¡Dies mío! - exclamó reconcentrando todas sus fuerzas en un grito.—¡Van á batirse! ¡Nunca, nunca más cargaré entre ellos! ¡Qué dichosos son, y yo qué desgraciado!

Y tan honda impresión produjeron en el herido, que besando el Cracifijo exclamó: -Perdón, Padre mío, perdóneme usted, y en prueba de que me perdona concédame la gracia que le tengo pedida; permitame, ahora que aun guardo fuerzas para hablar, que me confiese en alta voz, y que sepan por mi confesión pública, mi pobre madre y todos los que me

llorarán como bueno, lo malo que soy, y lo va--|Hijo de mi alma!-le interrumpió el ministro de Dios abrazándole y sin poder dominar su emoción. - Sí, la soberbia sería esa confesión pública, que pondría al descubierto, como haciendo gala de ellas, todas las virtu-

Pocos instantes después, la atribulada ma-

ver de su hijo, y el confesor la decia: -No llore usted, señora (y á él le ahogaban los sollozos); las lágrimas son un pecado, cuan-

do en el cielo hay fiesta por la subida de un Los que hemos presenciado esa y tantas jetes y soldados, ancianos y adolescentes, ve- otras muertes parecidas, ¿cómo no hemos de sentir ilimitada, inmensa, infinita lástima cuan-

> Morir por una causa es siempre darla una fe de vida, cual ninguna otra elocuente. Pero morir por una causa de esa manera no es ya darla fe de vida, sino patente de inmortalidad.





Imprenta de El Correo Español Concepción Jerónima, 15 y 17, Madrid.